

Los ideales franciscanos y Vasco de Quiroga

Los deseos de perfección y felicidad social son constantes en la historia. La humanidad siempre se ha rebelado en contra de la dureza de la existencia. Hesíodo, en su *Teogonía*, nos habla de una desaparecida Edad Dorada perteneciente al principio de los tiempos en la cual los hombres vivían felices. Lo mismo ocurre en la narración bíblica que se refiere a la expulsión de nuestros primeros padres del Paraíso terrenal. En estas versiones de la Edad Dorada se encuentra al principio de los tiempos, y los hombres la han perdido.

La alusión a una sociedad feliz la encontramos en las ideas de Platón y su *República*, quien a través de ella nos propone una sociedad regulada felizmente, pero no justa. Es sobre todo en la Biblia donde encontramos ideas que proponen una justicia social, y anuncian el juicio final y la salvación para el pueblo de Israel. Ejemplos de ello los encontramos en la utopía del capítulo XXV del Levítico que ordena la distribución de la tierra. También en Amós, Isaías y Miqueas encontramos el clamor contra las injusticias provocadas por el poder y la avaricia. Pero, fundamentalmente, es el profeta Daniel quien nos habla de redención y juicio final; sus ideas escatológicas se refieren a lo que vendrá en los últimos días, y que permitirá el establecimiento de la felicidad en la tierra.¹

Como sabemos, estas últimas ideas fueron adoptadas por la iglesia, y de una u otra manera, reaparecen a lo largo de su historia.

Las ideas de la felicidad terrenal, que se establecerá antes del juicio final y de la consumación de la creación, reaparecen en un importante personaje cuyo pensamiento fue determinante tanto para su tiempo como para algunos de los evangelizadores franciscanos en la llamada Nueva España. Nos referimos al abad calabrés Joaquín de Fiore, quien vivió entre 1135 y 1202. Joaquín de Fiore, poseedor de una inteligencia y una imaginación sorprendentes, realizó una elaborada interpretación de la Biblia buscando una explicación al destino de la humanidad. Para de Fiore entre el Antiguo y el Nuevo Testamento existía una correspondencia entre personas, periodos y acontecimientos. Correspondencia que si se interpretaba correctamente serviría para conocer el tercer y último periodo de la humanidad, pues de Fiore dividía la historia humana en tres épocas, cada una regida por una de las personas de la Trinidad. Así, la primera época había pertenecido a Dios Padre, el cual obraba en el misterio por medio de los patriarcas y de los profetas; la segunda época había correspondido a Dios Hijo, el cual se manifestaba por medio de los apóstoles, y finalmente, la tercera época (a la que pertenecía de Fiore) se encontraba regida por el Espíritu Santo, el cual iluminaría a todos los hombres mediante las órdenes religiosas para establecer por mil años, antes del juicio final, el verdadero reino de Dios en la tierra. De Fiore asignaba un atributo a cada época: la primera era la de los casados, la segunda la de los escribientes y la tercera la de los monjes. Según esto, en la tercera época los monjes eran

¹ Véase Israel I. Mattuck, *El pensamiento de los profetas*, cap. VII, Fondo de Cultura Económica, México, 1984.

superiores a la clerecía secular y a los laicos. Por esto, consideraba que la tercera época estaría bajo la guía de una nueva orden monástica, que remplazaría incluso la autoridad de la Iglesia Católica Romana. Curiosamente, Joaquín de Fiore nunca fue procesado por sostener esto, pero sus ideas fueron prohibidas tiempo después.

Las ideas de Joaquín de Fiore, dentro de la orden franciscana, desembocaron posteriormente en guerras fratricidas. Como sabemos, Francisco de Asís fue influenciado ampliamente por las ideas de Joaquín y sus puntos de vista dividieron a la orden entre observantes y conventuales. Los primeros se inclinaban por una auténtica pobreza y los segundos por poseer al menos un convento. Las ideas de pobreza en Joaquín de Fiore se encuentran representadas por el color café. En uno de los libros que escribió, *Expositio in Apocalypsin (Exposición del Apocalipsis)*, una de las figuras geométricas (tres círculos representando las tres épocas), el color café indica lo temporal y su renuncia. Es por eso que el color de la ropa monástica significa penitencia y pobreza.

En su libro *Liber Concordiae novi ac veteris Testamenti (Armonía entre el Nuevo y el Antiguo Testamento)*, Joaquín considera que la época del Espíritu Santo sería una época espiritual, de paz y contemplación, que llegaría luego de la derrota del Anticristo. Joaquín realizó en ella un diagrama que representaba la sociedad del año 1000 organizada libremente. El dibujo representa una cruz, y sus integrantes dedican el trabajo y la propiedad a la comunidad; prácticamente no existe la noción de provecho personal. La utopía de Joaquín, que podemos calificar como comunista, está también indicada claramente en una sección del dibujo que se encuentra a los pies de la cruz: "Los de esta sección vivirán en casas privadas, pero el *Pater Spiritualis* y los supervisores del trabajo gobernarán sus vidas. Deben estar constantemente en guardia contra Satanás. Todos trabajarán, y todos denunciarán a los perezosos, quienes trabajarán obligados por los supervisores. A las mujeres se asignan los trabajos domésticos y enseñarán a las adolescentes. Todos pagarán diezmo, y Joaquín insinúa igualdad de ingresos y posesión en común de los bienes materiales".²

² West Delno C. y Sandra Zimdars Swartz, *Joaquín de Fiore. Una visión espiritual de la historia*, Fondo de Cultura Económica, México 1986, p. 40.

Las ideas de Joaquín de Fiore, además de las de otros Padres de la Iglesia, contenían una importante influencia del pensamiento de San Agustín y su obra *La Ciudad de Dios*, libro que también plantea la redención del género humano.

En términos generales, durante el siglo XIII en Europa, existieron por lo menos tres corrientes de tipo místico y mesiánico que ambicionaban el renacimiento del mundo. Una de ellas era una esperanza político-histórica que planteaba el retorno a la Edad Dorada de Augusto, y la expresaba el Emperador Federico II (1194-1250). Otra corriente se encontraba representada por Francisco de Asís, quien casado con Doña Pobreza, consideraba que así como la Iglesia primitiva durante la edad de Cristo practicó la pobreza, ahora también debía hacerlo la Iglesia. La última corriente, que luego se fusionaría con la anterior, proponía que el hombre recobrase la inocencia y la sencillez de Adán. Las dos últimas se fusionarían a la larga convirtiéndose en una amenaza para la Iglesia, pero no es nuestra intención describir aquí tales luchas.³

Los deseos y esperanzas de un mundo nuevo aparecen con nuevos bríos en Europa durante el Renacimiento. Sin embargo, es necesario precisar que, por ejemplo, las ideas de Joaquín de Fiore seguían teniendo aceptación. A menudo, al pensar la historia y sus manifestaciones, consideramos que ésta es una continuación incesante en donde lo viejo es rápidamente sustituido por lo nuevo, sin dejar la menor huella. Desde nuestro punto de vista hay ideas que se repiten, y lo viejo y lo nuevo se mezclan, y la diferencia entre lo uno y lo otro muchas veces es mínima.

Durante el Renacimiento, la esperanza que desea un mundo nuevo y más justo se expresa a través del concepto de utopía. Los principales utopistas del Renacimiento fueron Tomás Moro (1478-1535), Francis Bacon (1561-1626), y Tomás Campanella (1568-1639). Pero fue precisamente Moro el primero en utilizar la palabra *utopía* en 1516, designando con ella un lugar ideal que no existe, y que correspondía al título de uno de sus libros. Utopía = no-tópico; "no hay tal lugar", diría Quevedo.

Partiendo del presente hacia el futuro, la utopía denuncia lo que no quiere mediante la afirmación minu-

³ Véase John L. Phelan, *El reino milenarismo de los franciscanos en el Nuevo Mundo*, UNAM, México, 1970.

cosa de lo que sí quiere: ante un mundo que aparece como insufrible propone un mundo ideal. Martin Buber nos dice que las ideas utopistas del Renacimiento establecen serias diferencias con las antiguas ideas de salvación judeo-cristianas, pues mientras las ideas escatológicas pretenden conocer cuándo y cómo se ha de realizar la consumación de la creación, según está anunciado, la utopía pretende establecer las posibilidades de una convivencia humana terrenal con un orden justo. Es decir, una se apoya en ideas religiosas, y otra en ideas más terrenales. En la escatología los hombres son actores de su redención, pero la decisión del momento en que ha de ocurrir depende del cielo. En la utopía, en cambio, quien decide la salvación “es la voluntad consciente del hombre”.⁴

En otras palabras, en la escatología el establecimiento de la perfección parte del cielo a la tierra y, en cambio, en la utopía parte de la tierra al cielo. Nosotros pensamos que las diferencias entre escatología y utopía son mínimas. La utopía, a pesar de todo el racionalismo y humanismo con el que pueda estar planteada, no deja de sustentarse en una fe mística y religiosa. En más de un sentido los ideales de utopía no son más que ideales escatológicos secularizados. Los hombres profundamente religiosos se identifican con los ideales de la utopía y a la inversa. Un caso concreto lo constituye Vasco de Quiroga, cuyas obras fundamentales son objeto de esta breve exposición.

Desde nuestro punto de vista el trabajo realizado por el importante historiador Silvio Zavala acerca de la obra de Vasco de Quiroga, sobre todo se centra en analizar las influencias de la obra *Utopía* de Tomás Moro, dejando de lado las influencias ideológicas del momento. Si aceptamos que los hombres más que ser hijos de sus padres, son hijos de su tiempo, entonces es necesario buscar los pensamientos principales de la época para explicarnos a los hombres. Consideremos que, a nivel de conquista y evangelización en la Nueva España, los esfuerzos realizados por Vasco de Quiroga son comunes y semejantes a los emprendidos por los franciscanos. Es decir, tanto las ideas escatológicas como las utópicas son comunes a ambos, existiendo entre unas y otras escasas diferencias. De ahí que nuestra breve exposición intente confrontar rápidamente las ideas y las acciones llevadas a cabo por unos y por otro.

⁴ Martín Buber, *Caminos de utopía*, Fondo de Cultura Económica, México, 1978, p. 18.

Hay una actitud común ante el descubrimiento y la conquista de América: el asombro. Asombro que busca tranquilidad mediante todas las explicaciones posibles, sin lograrlo del todo. Francisco López de Gómara consideraba que después de la creación de Adán y Eva, y de la encarnación del Hijo de Dios en hombre, el milagro más grande era el descubrimiento de América. Sin embargo, desde sus primeros viajes cree haber descubierto el lugar donde se encontraba el Paraíso Terrenal. Los indios serán considerados descendientes de una de las doce tribus de Israel. Y es en los franciscanos ortodoxos con quienes encontramos profundos deseos de construir una sociedad perfecta en América. Es decir, ven a América como la tierra privilegiada para realizar sus esperanzas escatológicas.

Desde el siglo XIII los franciscanos sobresalen como viajeros hacia el extremo Oriente. Los deseos que los guían son convertir al cristianismo a los mongoles. En 1245-1247 un fraile menor, Juan de Piano Carpini, fue encargado de una misión cuyo fin era observar las posibilidades de conversión. También está el caso del religioso franciscano Guillermo de Rubruck o Rubrigenio, entre 1253 y 1256. Consideraban que convirtiendo al cristianismo al Asia, lograban rodear al Mediterráneo musulmán, lo que aseguraba a la larga el rescate de los santos lugares que permitirían la fundación de la Nueva Jerusalén y el triunfo universal de Cristo. Las esperanzas milenaristas de los franciscanos fueron planteadas objetivamente a mediados del siglo XIV por el catalán Johanis Rupescissa. Hacia 1356, al “descubrirse” Asia, los objetivos apocalípticos de una cristianización total del mundo, consisten en convertir a los mongoles y a los judíos para aplastar al Islam, y esperar los últimos tiempos de la historia reunidos todos bajo el cristianismo. Como ya hemos visto, los ideales franciscanos provienen del abad Joaquín de Fiore. Agreguemos solamente que desde el siglo XIV la Iglesia va intentar reformarse, y que en España el movimiento renovador general va a empezar con el importante cardenal Jiménez de Cisneros, el cual es un estricto observante de la sencillez franciscana. Sin embargo, al interior de los franciscanos la obra renovadora va a ser realizada, sobre todo, por fray Juan de Guadalupe. Este padre, hacia 1500, contaba ya con influencias en cinco monasterios, uno de los cuales, se llamó Custodia del Santo Evangelio de Extremadura, luego Custodia de San Gabriel, y finalmente Provincia Independiente de San Gabriel. El monasterio es importante porque de ahí salie-



Fachada del Colegio de San Nicolás. Fototeca de la Biblioteca Lino Picaseño.

ron los primeros doce franciscanos que llegaron a la Nueva España. La influencia de Joaquín de Fiore en los franciscanos también se demuestra porque en 1519 fue publicado y difundido en España uno de sus libros más importantes: el *Liber Concordiae Novi ac Veteris Testamenti* (*Armonía entre el Nuevo y el Antiguo Testamento*).

Según Georges Baudot las ideas escatológicas de los franciscanos observantes (hay que señalar que no todos los franciscanos, y religiosos en general, creían que estaba ya cerca la Parusía y el fin de los tiempos) fue lo que los llevó a realizar una minuciosa labor etnográfica de las sociedades indias. Mientras que la Corona buscó conocer cómo habían sido los tributos prehispánicos, la propiedad de la tierra y el orden de la antigua nobleza, todo por cuestiones económicas y políticas, los cronistas franciscanos, a través del conocimiento del pasado indígena, buscaron convertir a los indios al cristianismo para cumplir las predicciones del Apocalipsis, y a su vez explicar la relación que tenían los in-

dios con el linaje de Adán. De este modo, la conversión total de los infieles era el signo que indicaba “la tarde y el fin de nuestros días y en la última edad del mundo”.⁵

Entre 1524 y 1564 la evangelización de los indios por los franciscanos obedece a las ideas de Joaquín de Fiore.⁶ En términos generales los franciscanos pretendían construir con los indios una cristiandad de gran pureza evangélica, una iglesia primitiva o preconstantina, para esperar la Parusía y el fin de los tiempos. La anterior esperanza obligaba a intentar un monopolio de la evangelización. Así, desde un principio, los franciscanos intentaron impedir que los españoles contaminen al indio, y por eso se propuso el establecimiento de dos repúblicas, la de los indios y la de los españoles. Fue por esta razón que la primera Audiencia en 1529

⁵ Georges Baudot, *Utopía e historia en México*, Madrid, Espasa-Calpe, 1983, p. 96.

⁶ Véase también Phelan, *op. cit.*

acusó a los franciscanos de conspirar contra la Corona por no dejar que se acercaran a los indios. También entre 1550 y 1560, los franciscanos se opusieron al establecimiento del diezmo fiscal a los indios, y utilizaron la lengua y las costumbres indígenas como barrera contra los españoles.

La preservación del indio a la castellanización también obedecía a las imágenes que los franciscanos se hacían de aquél; lo veían como un niño y como un hijo al que había que criar, adoctrinar, amparar y corregir. Motolinía encontraba que los indios eran como los franciscanos: pobres que no poseían nada, ni vestidos, ni alimentos. No les preocupaba ni guardar, ni adquirir riqueza, “ni estados ni dignidades”. La semejanza entre franciscanos e indios, los primeros la encontraban sobre todo con el *macehualtin* o pueblo bajo, el cual representaba una excelente materia prima para la nueva Iglesia. Todo esto obligó a los franciscanos a cono-



Colegio de San Nicolás, Pátzcuaro. Fototeca de la Biblioteca Lino Picaseño.

cer su organización social y política, ritos y creencias, para organizar a los indios en torno a la nueva Iglesia.

Como ya señalamos, una manera de preservar al indio de todo contacto con el español era aprender las lenguas indígenas; en cambio, la Corona se inclinaba porque el indio aprendiese el castellano. Los franciscanos preferían aprender el náhuatl. También para edificar la nueva Iglesia era necesario establecer instituciones. Así, surgió el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, que entre 1536 y 1568 se encargó de educar al indígena. La educación franciscana consistió en enseñar a los indios gramática, artes y teología.

Los franciscanos se inspiraron en la escuela indígena llamada *calmecac*, escuela de alto nivel que servía para preparar sacerdotes y altos funcionarios. El *calmecac*, según Baudot, se comparó por los franciscanos a un monasterio: “Las características del *calmecac* eran, severas y ascéticas, las de una auténtica vida monástica: sacrificios, oraciones, ayuno frecuente, trabajo riguroso en las tierras que pertenecían a los templos, ejercicios religiosos regulares, eran las tareas cotidianas de los jóvenes de la clase dirigente a los que su nacimiento o los méritos de su familia habían destinado a esta institución selecta. La institución intelectual desempeñaba un gran papel.”⁷

Otras manifestaciones del mundo indígena utilizadas ampliamente por los franciscanos fueron los llamados *huehuetlatolli* (discursos de los ancianos o discursos antiguos) que los viejos hacían para educar a los jóvenes y enfatizaban la dignidad, la prudencia, la humildad y la cortesía en contra de la pasión y la desmesura, virtudes todas que los franciscanos no podían dejar de considerar como altamente cristianas.

Las ideas milenaristas de los franciscanos respecto a la reedificación de una Iglesia preconstantina o primitiva, necesaria para esperar el advenimiento del reino de Dios en la tierra, estaban ampliamente extendidas por Europa. Desde hacía aproximadamente tres siglos la Iglesia venía sufriendo una descomposición en su dominio sobre Europa. Las críticas y rebeliones milenaristas ponían de relieve que la Iglesia necesitaba reformarse. Las ideas del llamado príncipe de los humanistas, Erasmo de Rotterdam, constituían una invitación a que se reformara retornando al cristianismo primitivo y aunque efectivamente propiciaron que se reformase, esto no ocurrió totalmente, pues la reforma luterana lo im-

⁷ Véase Baudot, *op. cit.*, p. 110.

pidió. Finalmente la Iglesia terminó persiguiendo las ideas con características erasmistas.

Como ya señalamos, ante un mundo en crisis es normal que el espíritu humano se refugie en mundos ideales. Entonces, la esperanza es lo único que lo sostiene: la esperanza de que el desorden quede atrás y se establezca un mundo mejor.

Las ideas y las obras de Vasco de Quiroga son un fruto digno de su tiempo. Los hospitales de Quiroga, al igual que la utopía de Moro y el reino milenarista de los franciscanos, constituyen alternativas ante un mundo decadente europeo, que se espera que renazca en América.

Vasco de Quiroga nació hacia 1470. Aproximadamente tenía 20 años cuando ocurrió el descubrimiento de América. Era laico y profesó la jurisprudencia. Enviado a la Nueva España como oidor de la segunda Audiencia, desde muy pronto empezó a construir sus famosos pueblos-hospitales, primero cerca de la ciudad de México y luego en Michoacán. A los pueblos-hospitales Quiroga los llamó de Santa Fe, debido a que en ellos se habría de enseñar la fe católica, cuidar enfermos, hospedar viajeros y llevar una vida en comunidad y armonía que más adelante comentaremos. A pesar de cierta oposición, Quiroga logró que sus proyectos fuesen aprobados por el propio emperador Carlos V. Posteriormente, en 1537, fue presentado como obispo y al año siguiente tomó posesión del obispado de Michoacán, lugar donde cristalizarían más sus sueños de los pueblos-hospitales.

Las ideas utópicas-milenaristas de don Vasco no dejan de ser una herencia de todos los teóricos anteriores referentes a la Edad Dorada. Don Vasco conocía a Hesíodo, Lucrecio y Ovidio, como se muestra en las imágenes que le causaba la sociedad indígena:

es cuasi de la misma manera que he hallado que dice Luciano en sus *Saturnales* que eran los siervos entre aquellas gentes que llaman de oro y edad dorada de los tiempos de los reinos de Saturno, en que parece que había en todo y por todo la misma manera e igualdad, simplicidad, bondad, obediencia, humildad, fiestas, juegos, placeres [...] desnudez, pobre y menospreciado ajuar, vestir, calzar y comer según que la fertilidad de la tierra se lo daba y ofrecía y producía de gracia y cuasi sin trabajo, cuidado ni solicitud suya, que ahora en este Nuevo Mundo parece que hay y se ve en aquellos naturales [...] y a mi ver edad dorada entre ellos que ya es vuelta entre nosotros de hierro y acero y pero y al fin en todo y por todo con los mismos usos y cos-

tumbres los unos que los otros y los otros que los otros como parece por su buena simplicidad y voluntad y grande humildad y obediencia e increíble paciencia y libertad de ánimo que gozan y por sus grandes areitos, cantares, bailes y juegos del palo y de los voladores que en sus grandes fiestas y convites y placeres hacen, bailando y cantando con admirable acierto y orden, con joyas y atavíos que para sólo esto tienen, días y noches embelesados en ellos sin cesar como dice Luciano en el libro dicho de sus *Saturnales* que aquellas gentes de aquella edad dorada tanto por todos en estos nuestros nombrada y alabada muy al propio y al natural de todo aquesto hacían y les contecía y usaban cuyas palabras originales me pareció que debía poner aquí, pues que nunca las ví ni oí, sino acaso al tiempo que esto escribía y me pareció que Dios me las deparaba en tal tiempo y coyuntura tan bien como las otras de la república de mi parecer, por ventura para echar el sello y poner contera y acabar de entender esta a mi ver tan mal entendida cosa de las tierras y gentes, propiedades del Nuevo Mundo y edad dorada de él entre sus naturales que entre nosotros no es sino edad de hierro.⁸

Es claro que los ideales que utiliza Quiroga para interpretar la realidad indígena pertenecen a autores griegos y romanos. Sin embargo, ello no quiere decir que don Vasco no creyera en las ideas propias de su tiempo que planteaban la redención total del género humano. Al erigir la catedral en Pátzcuaro en 1554, Quiroga declaró su fe en que la unificación del mundo sólo podía darse bajo la guía del cristianismo. Así, escribió que la misión y la responsabilidad de los monarcas españoles es la siguiente:

Son estos héroes los Reyes Católicos de Castilla y de España: la Serenísima Reina Doña Juana y su hijo, el invicto Carlos, Emperador Siempre Augusto de la República Secular, por elección divina, único e indudable monarca, cuyo oficio consiste principalmente en esto: que todas las naciones profesen la misma fe ortodoxa y que orbe universo sea reducido al culto del único Dios verdadero y se haga solo rebaño y un solo pastor y, según el oráculo de San Pablo, un solo cuerpo, un espíritu, una esperanza, un Señor, una fe, un bautismo, un solo Dios y Padre de todos, el cual sea proclamado por todos unánimemente, sobre todos y en todos nosotros.⁹

⁸ Citado por Julio Jiménez Rueda, *Historia de la cultura en México*, Editorial Cultura, México, 1960, p. 17.

⁹ Juan Joseph Moreno, *Don Vasco de Quiroga. Primer Obispo de Michoacán*, Talleres Gráficos, Morelia, 1965, pp. 83 y 84.

También en dicha ocasión Quiroga declaró sus deseos de edificar una Iglesia inmaculada, limpia de toda mancha de barbarie. Para lograr esto, creó sus pueblos-hospitales y otras instituciones semejantes a las franciscanas. Entre ellas, el Colegio de San Nicolás, donde se llegó a plantear que a la larga se preparase un clero indígena. Allí se les enseñaría gramática, teología moral y los cánones penitenciales que el mismo Quiroga recopiló. En Pátzcuaro también fundó el Hospital de Santa Marta y la Asunción, así como un colegio para niñas. El Colegio Seminario de Indios San Nicolás, era comparado con el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco fundado por Ramírez de Fuenleal.

Respecto a los objetivos de los Hospitales, son muy bien señalados por Juan Joseph Moreno:

... los hospitales son el centro de la religión, de la policía y de la humanidad de los indios, pues allí se les vé más devoto de su fe: *lo más sociable de su República en las Asambleas de allí tienen*, y lo más caritativo con sus hermanos, u hospedando a los peregrinos, o asistiendo a los enfermos. De modo, que en este género de vida, dan la más bella imagen, *y más cabal idea de aquella vida común y amor recíproco de los primeros cristianos*, ya por sus horas reguladas de oración, ya por la caridad con sus hermanos.¹⁰

Aquí vemos claramente la persistencia del sueño de la edificación de una iglesia preconstantina. Además, dicha República se basaría en el trabajo, el cual se debía inculcar desde la niñez a partir del trabajo en común en las tierras comunes. Porque un ideal de estos hospitales, entre otros, era la igualdad de bienes, propuesta que nos recuerda a Solón, a Licurgo y a Platón, pero también a Joaquín de Fiore: las ordenanzas de los hospitales insisten acerca del trabajo comunal. También nos recuerdan las impresiones franciscanas ante las virtudes de los indios, mismas que utilizaban los *huehuetlatolli*:

por donde os habeis de regir, y gobernar, además de estas Ordenanzas, en lo que no estuviere declarado en ellas, como fieles y buenos cristianos, sin pérdida de tiempo ocioso, mal gastado, ni mal empleado, como políticos y bien doctrinados, y morigerados sin pérdida, *ni menos cabo de vuestra obediencia, simplicidad,*

humildad, y poca codicia, que en vosotros naturales parece haber...

Y más adelante agrega:

... y que no vaya a dar en despeñaderos de almas, y cuerpos, como en algunas partes van, y se suelen hacer, que es quitarle lo bueno, que *tienen de humildad, obediencia, paciencia, y poca codicia, y la buena simplicidad* y dexarles, y ponerles lo malo, y contrario a ello.¹¹

También de una u otra manera parece que Quiroga, al igual que los franciscanos, era partidario de mantener separadas las comunidades indígenas para que no se contaminaran de los vicios de la sociedad española. Esto se ve claramente cuando en sus ordenanzas se refiere a los jueces:

Ítem si alguno de los Indios pobres de este Hospital tuviere quejas de otro, o de otros, entre vosotros mismos, con el Rector, y Regidores lo averiguareis llana y amigablemente, y todos digan verdad, y nadie la niege, porque no haya necesidad de se ir a quejar al Juez a otra parte, donde pagueis derechos, y después os echen en la cárcel. y esto hagais aunque cada uno sea perdidoso; que vale más así con paz, y concordia perder, que ganar pleitando, y aborreciendo al prójimo, y procurando vencerle, y dañarle, pues habeis de ser en este Hospital todos hermanos en Jesucristo con Vínculo de paz, y caridad, como se os encarga, y encomienda mucho.¹²

Según hemos intentado mostrar, las ideas de los franciscanos y las de Vasco de Quiroga tienen algunas importantes semejanzas. Desde nuestro punto de vista, la obra de Quiroga se ha estudiado más en relación con la obra de Tomás Moro, olvidando un tanto que él también pertenecía a una época en donde se esperaba intensamente la redención del género humano a través del establecimiento en la tierra de una auténtica sociedad cristiana, condición obligada para esperar el juicio final. Sería necesario profundizar más en este estudio comparativo. Esperamos que ya habrá tiempo para ello.

¹⁰ *Op. cit.*, p. 61, los subrayados son nuestros.

¹¹ *Op. cit.*, pp. 6 y 7.

¹² *Op. cit.*, p. 20.